

# EL LIBRO DEL TESORO



ANDREU MARTÍN



*Lunes, 8 de junio*

Me costó mucho encontrar la notaría Simarro y Escobar porque está en ese laberinto de calles estrechas que se encuentra entre Santa María del Mar y Via Laietana, en una especie de callejón sin salida, y además delante de la puerta había aparcada una furgoneta blanca que me cerraba el paso.

El número de la matrícula de la furgoneta era el 1659, pero no me entretuve en recordar un hecho histórico sucedido ese año porque llegaba tarde.

El portal era enorme, ancho y alto como para que pudiera entrar por él un carruaje lujoso del siglo XVIII; la puerta era de madera oscura, tallada, pulida y barnizada, como acabada de salir del restaurador, y el portero automático que tenía empotrado a la derecha contrastaba dolorosamente, como un reloj de pulsera en una película de vikingos.

Pulsé el botón correspondiente, dije que el señor Simarro me estaba esperando, sonó un meec como una broma de los payasos de la tele y se abrió una pequeña puerta insertada en el gran portal. No me molesté en buscar el ascensor porque iba al piso principal y una escalinata de piedra antiquísima me condujo directamente hasta él. La puerta de la notaría estaba abierta y, envuelto

en una luz amarillenta, me esperaba un hombre larguirucho que, a contraluz, se parecía notablemente al conde Drácula.

Pálido como el papel, con una nariz aguileña y noble cubierta a medias por una mascarilla anticovid de color negro, la mirada mortecina y paciente, tenía todos los años del mundo y usaba corbata de pajarita.

Me presenté:

–Soy Adrià Nogués. Me envía el profesor Aldrich.

–Ah, sí. Me telefoneó diciendo que vendrías –su voz, arrancada del fondo de los pulmones, apenas podía atravesar la máscara–. Yo soy Rafael Simarro. Adelante.

En el recibidor, detrás de un mostrador de recepción, había una mujer de ojos orientales que, en aquel ambiente, solo podía ser una de las novias de Fu-Manchú. Drácula y yo avanzamos por un pasillo sombrío de peli de miedo, con las paredes recubiertas de madera oscura, cuadros solemnes, apliques con pantallas de pergamino, muebles pesados decorados con jarrones llenos de flores de tela y arañas de bronce y porcelana.

–Así que estudias primero de Historia –dedujo el dueño del castillo–. ¿Qué te parece la universidad?

–Bien. El profesor Pere Aldrich, de Fuentes Históricas, está cambiando mi manera de ver la historia. Hasta ahora, yo creía que todo consistía en fechas de batallas y nombres de reyes. Y no se me da mal. Tengo buena memoria. Puede usted decirme un año cualquiera y me parece que podré recordar un hecho histórico que sucedió en él. 1914, empieza la Primera Guerra Mundial; 711, los árabes inician la conquista de la península ibérica; 1789, la Revolución

francesa; 1808, la guerra de la Independencia española. Algunos me hacen pensar un poco más.

Habíamos llegado a un despacho que olía a barniz o a algún producto de limpieza antiguo. Sobre un escritorio de ministro, me esperaba una carpeta de cartón sujeta con cintas, iluminada por una lámpara digna de tienda de antigüedades con pantalla decorada con un dibujo policromo que representaba ciervos cerca de un río. El resto de la habitación permanecía en penumbra. Era media mañana y habríais dicho que nos encontrábamos en las horas más oscuras de la noche. El aparato telefónico os habría encantado, como de película de los años veinte, con ese disco con diez agujeritos donde había que meter el dedo y hacerlo girar sobre un eje para marcar el número.

—El profesor Aldrich me ha hecho ver que, en la historia, mucho más importante que las fechas y los reyes, es ver cómo vivía la gente del pueblo. Por eso estoy aquí. En vez de examen final, ha enviado a todos los alumnos a despachos de notarios, o al Archivo Histórico de Protocolos, o a parroquias como la iglesia del Pi, donde todavía se conservan actas de bautizos, comuniones y matrimonios muy antiguas, para que hagamos lo que él llama un «trabajo de reconstrucción cotidiana de la historia».

El vampiresco Rafael Simarro me escuchaba oculto tras la mascarilla, con ojos llenos de paciencia y benevolencia, como si estuviera pensando que un día él también fue joven.

—Los notarios tenemos el mejor resumen de la historia. Los contratos profesionales te hablan de la economía de cada época; los contratos matrimoniales, de la vida en las

casas y los intereses que formaban las familias; los testamentos te ayudan a seguir la pista de grandes fortunas, las compras y ventas de casas, los inventarios de las pertenencias que se hacían años atrás para que, al morir, una persona pudiera dejar sus deudas pagadas. Está muy bien lo que dice Aldrich. Aquí –señaló la voluminosa carpeta que me tenía preparada–, encontrarás una colección de protocolos notariales muy curiosos, estafalarios, especiales. Aldrich me dijo que te preparase esta carpeta, precisamente esta, porque dice que tú sabrás aprovecharla muy bien para tu trabajo. Son copias, claro, porque los originales están en el Archivo Histórico, pero son facsímiles que mi familia recopila desde hace décadas y me parece que te van a divertir. Mi familia, desde hace generaciones, colecciona recortes de historia.

–Sí –sonreí–. El profesor Aldrich me ha enviado aquí expresamente. Me guiñó un ojo, porque sabe que me gustan las bromas, y me dijo: «Ya verás cómo te va a gustar. Vas a encontrar casos muy raros de los que podrás sacar mucho jugo». Ah –hice como si recordara algo–, hay una compañera que tiene que venir a ayudarme. ¿Funciona este teléfono? ¿Le importa que lo use para llamarla? No he traído el móvil.

El viejo notario asintió con la cabeza y con un gesto de invitación de su mano derecha.

–Tómate el tiempo que necesites –dijo.

Me dejó solo en el despacho tenebroso y yo me precipité sobre la antigualla fascinante y marqué el número de Sonia. Tenía que usar aquel aparato como fuera.

Contestó enseguida.

—¿Sonia? Estoy en un sitio que vas a alucinar. Tendrías que ver el teléfono por el que te estoy llamando. Te encantará. Tienes que venir inmediatamente. ¿Puedes?

—Amor mío —respondió ella—. Ya sabes que, si tú me dices ven, lo dejo todo.

Sonia es una payasa. Somos amigos de toda la vida. Como dijo el otro, de pequeños comimos arena juntos en el parque del barrio. Éramos vecinos, nuestros padres eran amigos y tenemos la misma edad. Crecimos juntos. Estuvimos juntos en la guardería, en la escuela, pasábamos juntos los fines de semana, veraneábamos juntos, nos disfrazábamos juntos por Halloween y compartíamos los regalos de Navidad y Reyes. Nos habíamos peleado a puñetazos como en las películas y nos habíamos intoxicado juntos con agua de regaliz. Nos habíamos lamido las lenguas para saber qué gusto tenía el helado que el otro estaba comiendo y nos olíamos el trasero para ver quién se había tirado el pedo. Fuimos juntos a ver *Monstruos S. A.* y el primer *Spiderman* de Tobey Maguire, y la primera peli de *La guerra de las galaxias* que vimos fue *El ataque de los clones*. Hasta que nos llegó la edad de la tontería y, no sé por qué, yo me hice submarinista y ella, escaladora, y nos perdimos la pista durante un tiempo. En aquellos momentos, yo estudiaba Historia y ella, Filosofía en la misma facultad y nos habíamos vuelto a encontrar. Apasionada de la lógica, decía constantemente «si y solo si» («porque no es lo mismo decir “si te matriculas, te podrás examinar” que “si y solo si te matriculas, te podrás examinar”») y también decía, no me preguntéis por qué, «que me devuelvan el dinero».

Mientras la esperaba, saqué el móvil de la mochila (no era verdad que me lo hubiera dejado en casa), desaté las cintas de la carpeta y saqué un montón de documentos escritos con letra muy difícil de leer. No estaba por la labor de pasármelo bien con aquel mamotreto y tengo que reconocer que me llevé una grata sorpresa. Cada documento iba acompañado de un folio escrito a mano, con lápiz, donde se subrayaba aquello que lo hacía especial. Resultó que era una colección de disparates.

Estaba la declaración de una mujer que empezaba con seis largas páginas repletas de invocaciones a todos los santos imaginables, a la Virgen María en todas sus acepciones y representaciones, a los santos patronos de la señora y de la ciudad, a Dios Nuestro Señor, al papa de Roma, pero, sobre todo, al Espíritu Santo para que la «iluminara en la expresión de la verdad auténtica». Encontré también un acta notarial en verso, otra escrita en latín y otra que describía las pertenencias de un hombre que, por lo que se ve, tenía la casa llena de armas de todo tipo: dieciséis espadas, doce sables, cincuenta y nueve dagas, seis alabardas, cuatro hachas, tres mosquetes, cinco pistolas y demás artefactos para practicar el combate. Me reí mucho con un inventario redactado por un notario que no sabía el nombre de nada y no conseguía hacerse entender: «Hay una especie de madera con tres patas que parece que servía para... Tiene una cosa envuelta en almohadas y ropa de la que no sabemos qué uso se le daba...». A pesar de todo, el pobre hombre se emperraba en no dejarse ni uno de los objetos de la casa, y la declaración se hacía grotescamente interminable.

Iba fotografiando minuciosamente cada una de aquellas perlas, leyéndolas solo por encima, cuando tropecé con el apellido Aldrich.

Isidor Aldrich.

Aldrich, como mi profe.

Un inventario de pertenencias del 17 de marzo de 1713, poco antes de que las tropas borbónicas de Felipe V pusieran la ciudad de Barcelona bajo aquel asedio que culminaría el 11 de septiembre del año siguiente.

Isidor Aldrich se había ido de la ciudad (como tantas personas acomodadas que se temían la ofensiva de los enemigos del archiduque Carlos) y había dejado la casa y todo lo que había en su interior para pagar sus deudas. Tenía numerosas obras de arte y objetos de plata, pero los deudores declaraban, ante notario y en nota adjunta, que faltaban tres cuadros de mucho valor que les había prometido y que habían servido de prenda para conseguir préstamos. Tres pinturas «de aproximadamente un pie de Ámsterdam por lado, del conocido artista holandés Van der Meer, tituladas *Destilando licor*, *Muchacha zurciendo un vestido* y *Lección de clavicémbalo*». Los deudores manifestaban que habían reclamado a la Justicia y querían que constara ante notario la falta de aquellas tres obras de arte que consideraban «valoradas en unas veinticuatro libras, ocho libras cada una».

La entrada en escena de Sonia no fue entrada sino irrupción, una aparición explosiva, como no podía ser de otra manera. La oí llegar por el pasillo, charlando con aquel desparpajo que la hace inolvidable.

Sonia es una mujer impresionante. Tiene de todo y de sobra. No es gruesa. Más bien diríamos que es atlética;

alguien diría exuberante, excesiva, no sé si me explico; es más alta que yo. Si fuéramos perros, nos clasificarían en razas diferentes. No la elegirían nunca para actuar como protagonista en una película de James Bond porque James Bond se asustaría si se tuviera que vérselas con Sonia. A mí siempre me ha parecido que se da un aire a la Milla Jovovich de *Resident Evil* (una peli que, por equivocación de mis padres, vi cuando todavía no tocaba) pero modelo XXL. No sé si habrá recibido algún ataque machista, pero, si yo fuera un macho alfa violento, me lo pensaría dos veces antes de atacarla, porque, sin duda, saldría malparado. Lástima que aquellos días la mascarilla le ocultase la boca, porque su risa es espléndida, generosa, deslumbrante, triunfal e invencible. A cambio, resaltaban más que nunca sus ojos azul líquido llenos de intenciones secretas, ojos claros que hacen pensar que descende de una estirpe de gente del norte, limpia, noble, culta, rica, libre, despierta y feliz, según decía el poeta.

Entró acompañada de la recepcionista de ojos orientales, que parecía insignificante a su lado, me señaló y dijo:

—¿Qué le parece mi futuro marido?

Yo puse cara de «ya estamos». Así es Sonia.

—¿Ya lo tiene todo a punto? —preguntó a la mujer, que no tenía ninguna respuesta preparada—. De la boda, quiero decir.

—¿La boda?

—Claro. Hemos venido a casarnos, ¿no? —Sonia me consultaba a mí, aparentando desconcierto—. ¿No hemos venido a casarnos?

La recepcionista no entendía nada, y yo tampoco tenía nada que decir. No sabía dónde meterme.

—¿A casarse? ¿Quiere decir a hacer un contrato matrimonial?

—¿Contrato matrimonial?

—Según el artículo 1.315 del Código Civil...

—Bueno, llámelo como quiera, yo no conozco los términos exactos, pero supongo que es eso. Una boda es un contrato.

—Bueno, no exactamente —farfullaba la recepcionista, agobiada—. Una boda es... con testigos, con familia, con eso de los anillos, la marcha nupcial y demás...

—Bien, pero sobre todo es un contrato entre los dos que se casan, ¿no? Con las cláusulas «yo, Fulanito, me caso con esta Fulanita»; «duración del contrato: hasta que la muerte nos separe, o no»; «Condiciones: yo cocino, tú pones la mesa y friegas los platos»... ¿No es eso? ¿No tendrá unos anillos o una marcha nupcial o algo así, para hacerlo más formal...?

La otra la miraba boquiabierta.

Sonia estalló en una de sus carcajadas.

—¡Es broma! —exclamó. Y bajó la voz para entrar en el terreno de la confidencia—: Es que no sé cómo hacer para que se me declare. Yo ya le he dicho de mil maneras que quiero casarme con él, pero él no hay manera. —Prescindió de la presencia de la empleada y se dirigió a mí—: ¡Tío, todo esto es fantástico! ¿Has visto este teléfono? ¡Por favor, que me vuelvan el dinero!

Notifiqué a la recepcionista que ya había tomado todas las notas que necesitaba y salimos los tres hasta el recibidor, donde vino a despedirnos el señor Rafael Simarro. No nos estrechamos la mano, para no infectarnos, pero

el hombre solemne se inclinó ante Sonia como si quisiera besarle la mano.

Al salir, la furgoneta blanca todavía estaba allí.

—¿Has visto? —dijo Sonia—. ¡Es un veintiuno!

Era nuestro juego cuando paseábamos. Ella buscaba números de matrícula que, sumadas sus cifras, dieran veintiuno; yo buscaba hechos históricos que correspondieran a aquel año.

—1659 —dije antes de concentrarme en el siglo XVII, a mediados, quién gobernaba aquí y allá, y por fin lo saqué—: El Tratado de los Pirineos entre Francia y España.

Sonia rio encantada. Siempre recompensaba alegremente mis exhibiciones.

—¡Te lo inventas! —exclamó, como solía—. Seguro que no existe ese tratado. Tú lo sueltas y, si cuela, cuela.

—Que no, que te lo prometo.

Nos lo pasábamos muy bien juntos. Una pareja feliz que se empujaba, corría, bailaba, discutía y estallaba en risas en mitad de la acera; ella tan alta y yo, no tanto.

Compramos una cerveza y una cocacola (para mí la cocacola), y fuimos a tomarlas sentados en las escaleras de Santa María del Mar. Allí, la puse al corriente de las cosas curiosas que había encontrado en la documentación de la notaría, la mujer que se encomendaba a todo el santoral, y el hombre que en casa parecía que solo tenía armas, como si viviera en un arsenal, y (ah, sí) el hombre que tenía tres Van der Meers y, no te lo pierdas, se llamaba Aldrich, como mi profesor de Historia.

—Mi profe se llama Pere Aldrich. No es un apellido tan común.

—Ostras —clamó Sonia—, cuando lo pongas en tu trabajo, se va a creer que le haces la pelota.

Se nos pasó el tiempo volando, como siempre que estábamos juntos y, después de mirar el reloj, salimos corriendo. En casa nos esperaban para comer. Hicimos juntos el recorrido, porque vivíamos a una travesía, la una del otro, separados por la calzada de la calle Aragón. Tomamos el metro en Jaume I, hicimos transbordo en Urquinaona y, con la línea roja, llegamos a Urgell, donde todavía tuvimos que caminar tres calles hacia arriba. Nos quedamos cotilleando y riendo en la esquina y llegamos tarde a comer.

Mis padres ya estaban con el primer plato. Malas caras.

—Es que no tienes sentido del tiempo —me dijeron, como siempre.

Los dos son historiadores, mi madre trabaja en el Centro de Documentación e Investigación del Museo Nacional de Arte de Cataluña, y supuse que les gustaría saber el trabajo que había estado haciendo aquella mañana, y que incluso mejoraría su humor. Les encantó el hallazgo de los documentos y, sobre todo, la historia del hombre que huyó de Barcelona en 1713 y se llevó tres Van der Meers que había prometido entregar a sus acreedores.

—¡Tres Van der Meers! —exclamó mi madre, sorprendida—. De Jan Van der Meer, o Vermeer, como también lo llamaban. Qué curioso. El otro día, la prensa hablaba de tres Van der Meers.

—Qué casualidad —dijo mi padre, que, como siempre, parecía que estaba pensando en otra cosa.

Sabía que mis noticias desplazarían el enojo paterno. La invité a continuar hablando y ella hizo un esfuerzo por recordar.

—Un ilustrador, o dibujante, o pintor, al que se le quemó la casa en un pueblo de la Costa Brava. Días antes, le habían oído decir que tenía tres Vermeers y, entre las ruinas del incendio, han encontrado restos de cuadros antiguos, posiblemente los Vermeers quemados. Han venido técnicos holandeses para revisar esos restos.

—¿Tenemos el periódico en el que venía? —Pensé que me podría servir para ilustrar mi trabajo.

Fue mi padre quien encontró el ejemplar del sábado y, en una de las páginas interiores, la noticia del incendio.

Pau Xerbolés, que triunfó en los setenta como historietista en revistas norteamericanas, francesas e italianas, después como ilustrador y portadista, y quien, últimamente, había hecho un par de exposiciones de pintura hiperrealista, vivía solo en una casa de dos plantas de Sant Pau del Port, Girona. La semana anterior, el treinta de mayo, se había declarado un incendio en su casa y, cuando acudieron los bomberos, entre las ruinas encontraron muerto al pintor. Existía la sospecha de que el artista se hubiera suicidado, pero tanto los juzgados como la Policía estaban pendientes del resultado de la autopsia, nada fácil debido a que el cadáver había aparecido carbonizado. Últimamente, Pau Xerbolés había comentado a amigos y vecinos del pueblo que tenía en su poder tres cuadros del pintor holandés Jan Vermeer (1632-1675). Entre los escombros del incendio, se encontraron restos de unos cuadros antiguos. Consultada la Policía Científica, que estaba analizando lo que quedó de

un par de bastidores de madera, se concluyó que podrían tener muy bien una antigüedad de siglos. Se esperaba la visita de un experto en Vermeer que llegaría de Holanda en los días siguientes. ¿Serían Vermeers los dos cuadros que se habían quemado? Si así fuera, representaría la destrucción de un valiosísimo tesoro artístico. En 2004, Sotheby's de Londres subastó un Vermeer por 24 200 000 euros (30 millones de dólares). Si habláramos de tres Vermeers de un precio similar, el desastre significaría una pérdida de 90 000 000 de dólares.

El artículo lo firmaba la periodista Diana Dorca.